

DISCOS

Estudios para un bicentenario

Los nombres de José Fernando Macario Sor, Fernando Sor o —mejor todavía— Ferrán Sors, como quieren sus compatriotas **dels Paisos**, sirven indiferentemente para designar al mejor compositor para guitarra de toda la historia de la música. Es ésta una buena afirmación para empezar, bien que antes sean consignados nuestros mayores respetos para Gaspar Sanz, y algunos menores para los Giuliani y Carulli, que, después de todo, nos pillan más lejos. Y que lo último no sirva para confirmar teorías tribalistas de antropólogos de baratillo; teorías que, por lo demás, ya se encargó el propio Sor de desmentir, pues durante el reinado de José Bonaparte supo ser afrancesado hasta donde el señor López Rodó es hoy monárquico: ello le haría posteriormente caer en desgracia e incluso ser acusado de mal músico, lo que indica que ya por entonces existían críticos.

Fernando Sor ha sido llamado "el Beethoven de la guitarra". La frase ha hecho fama —es del musicólogo F. J. Fetis y, con su autor, figura en muchas enciclopedias—, pero resulta profundamente inexacta: Sor o no tuvo la profundidad de Beethoven, o renunció a ella; a cambio, tampoco llegó a los extremos de tosquedad que el autor de la "Appassionata" alcanzó, sin ir más lejos, en la "Appassionata". Quiérase decir con ello que tanto Sor como Beethoven resultan igualmente respetables, pero ocupan lugares distintos en la evolución del arte musical.

Más acertados están los que acercan a Sor a determinados compositores románticos que, a su semejanza, asombraban también como instrumentistas; pero ni aun esta comparación resulta por completo satisfactoria. Coincide con la primera en expresar un desmesurado celo por salvar al guitarrista catalán haciéndole artífice del progreso. Empeño que, por lo demás, queda relativizado por una música que aproximada a su autor más a sus antecedentes que a sus consecuentes. Por una música que, si ronda horizontes inexplorados, lo hace como simple extensión de las posibilidades virtuosísticas de quien en su tiempo fue antes que nada excelso intérprete práctico. O

como juego secreto de quien, como Haydn, buscó a menudo ponerse al amparo de los soles que sucesivamente le iban calentando más, aun cuando en esto, si no menor inteligencia que el siempre sabio "papá" de Mozart, sí que tuvo menos constancia o menos fortuna: sus malditos tiempos estuvieron más definidos y más revueltos.

Este año se cumple el bicentenario del nacimiento de Sor. CBS, inopinadamente atenta al hecho, edita su célebre colección de veinte estudios —que compilara Segovia—, en versión de José Luis González (Ref. 73705). El disco acompaña la cumplida nota biográfica, y me precave de hacer aquí lo propio. Me limito, pues, a recoger la noticia de su salida y, si acaso, a recomendar su cotejo con la versión que de esos mismos estudios hace John Williams en el sello Mediterráneo-Command (Ref. 0039); hay más estudios desperdigados por álbumes de recitales guitarrísticos y una edición alternativa de veinticuatro realizada e interpretada por José Luis Lopátegui (Edigsa AHMC 10/15). Tal vez, como es el año del bicentenario, Deutsche Grammophon edite de nuevo su álbum de Sor por Narciso Yepes. En todo caso, siempre habrá material para que cada cual pueda sacar sus propias conclusiones. ■ JOSE RAMON RUBIO.

Veneno: Cuando nieve en Sevilla

En medio del turbulento "Aparta el corazón de las mangueras", el Quico confiesa: "Si no quiero hacer una canción, me digo que no me escucharían... que no me escucharían". Es una autojustificación, pero también tiene visos de amenaza. Veneno viven una existencia gloriosamente precaria.

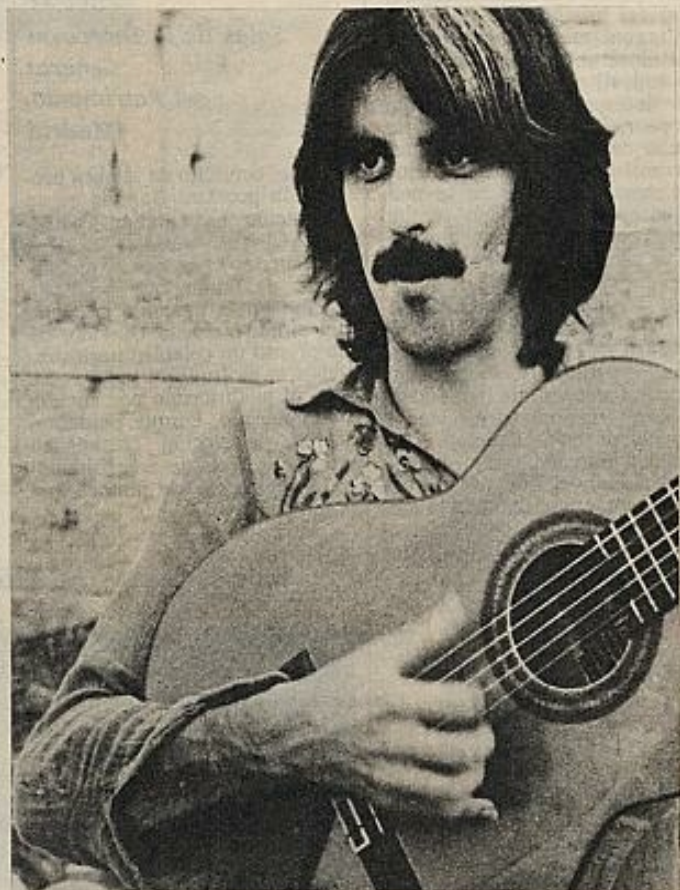
Han pasado varios meses desde la aparición del disco debut de Veneno (CBS S 82275). Se ha apagado el furor desatado por su música inclasificable. Se pueden echar cuentas y el resultado es decepcionante: Veneno han resultado demasiado intoxicantes, demasiado chocantes o demasiado indigestos, pero el hecho es que su disco no ha alcanzado la difusión merecida. Ha habido una timorata oposición a su música. Para algunos, se trataba meramente de la jugada de una multinacional fonográfica que intentaba explotar descaradamente el mercado de la música "pasota". No sé si existe ese merca-

do, pero el caso de Veneno es mucho más complejo. Digamos que es lo inverso: Veneno se han infiltrado en una compañía de discos —a través de una colección de flamenco que dirige Ricardo Pachón— y la compañía no ha sabido qué hacer con ellos.

Veneno no son un invento de un maquiavélico departamento de marketing, sino algo genuino, un grupo iconoclasta que se niega a ser domesticado para facilitar su consumo a niveles masivos. Y así les andan las cosas: carentes de instrumental y equipo de sonido —la generosidad de CBS no llega a tanto—, no han podido aceptar las ofertas para actuar fuera de Sevilla. Malviven en esa ciudad,

con el Bizco Eléctrico (bailaor y palmero), el Carapapa (un cantaor de apenas diez años), la Reyes (bailaora bastante original) y otros amigos o conocidos. La idea de Veneno es lo bastante flexible para acomodarlos a todos.

Y aunque no vuelvan a grabar, aunque dejen de existir, al menos nos queda un disco demolidor. Una colección de canciones marcadas por el descaro, la sorna, la ternura de un catalán nacionalizado andaluz que responde al nombre de Quico. "Los delincuentes", "San José de Arimatea", la "Canción antinacionalista zamorana", "La muchachita", "Aparta el corazón de las mangueras" nos dan una visión poética de ese mun-



Veneno, grupo iconoclasta.

continúan siendo un grupo fantasma para el resto del país y su futuro discográfico está en duda...

Así que conviene recordar que Veneno existen. Que son una realidad, aunque sus límites sean algo difusos. En el núcleo está Quico —cantante, compositor, guitarrista—, Raimundo —guitarrista de la familia Montoya, que también disfruta con una Fender o una Gibson eléctrica— y Rafael (bajo y guitarra flamenca). A veces, hasta se materializa un batería. En otras ocasiones se contentan

dillo en el que se mezclan los marginados de siempre —los gitanos— con la gente del rollo. Canciones, historias e interpretaciones que conservan una insólita frescura —la mayor parte del disco se registró en una sola noche— y que no deben quedar en la oscuridad. Sea cual sea el resultado del conflicto entre Veneno y el tinglado musical —y uno no se hace muchas ilusiones—, su recorrido hasta el presente ha sido fructífero. Aunque no se haya enterado casi nadie. ■ DIEGO A. MARRIQUE.